

Leyendas populares argentinas

Bibliografía consultada:



Carlos Clavero, *Leyendas argentinas*. Barcelona, MECD-Sirpus, 2004. (Col. "Lectura fácil")

***Leyendas argentinas*, de Carlos Clavero,** es un libro interesante para acercarse a otras culturas, sus leyendas, tradiciones, mitos...

Lectura sencilla y amena. Unas leyendas hasta ahora transmitidas de forma **oral** y que cuentan la realidad de las personas que viven en aquel ambiente de naturaleza exuberante, presencia de animales y plantas, miradas al cielo y las estrellas, lucha cotidiana por seguir hacia adelante...

1. LEYENDA DE LAS CATARATAS DE IGUAZÚ

Cuenta la leyenda guaraní que, hace muchos años, vivía en el río Iguazú una gran serpiente llamada Boi. Una vez al año, los indígenas guaraníes debían ofrecer a la serpiente una bella doncella, arrojándola al río.

A este ritual acudían todas las tribus de la zona y, cierto año, el jefe de una de esas tribus fue Tarobá. Éste, al conocer a la muchacha a la que se debía sacrificar, se enamoró perdidamente de ella. Tarobá intentó convencer a los ancianos de la tribu para que no sacrificaran a Naipí, como se llamaba la joven, pero no consiguió su cometido; Naipí sería sacrificada.

Pero Tarobá no se rindió, y la noche antes del sacrificio, raptó a Naipí. Juntos se subieron a una canoa y navegaron por el río Iguazú. Enterada de lo sucedido, la serpiente, colérica, partió con su cuerpo el río en dos, dando lugar a las cataratas. Tarobá y Naipí quedaron atrapados. Boi convirtió a Tarobá en un árbol, justo encima de las cataratas y la caída de éstas estaba formada por la cabellera de Naipí.

Hecho esto, la diosa Boi volvió a sumergirse en la Garganta del Diablo, como es conocida la parte baja de las cataratas, y desde ahí vigila que los amantes no vuelvan a unirse jamás.



Pero cuentan los indígenas, que los días que hay arcoíris, Tarobá y Naipí unen de nuevo su amor.

2. LEYENDA DE KAMSHOUT Y EL OTOÑO



En Tierra del Fuego, en la tribu selk`nam, había un joven llamado Kamshout, al que le gustaba hablar. Le gustaba tanto que, cuando no tenía nada que decir -y eso era muy notable, porque siempre encontraba tema-, repetía las últimas palabras que escuchaba de boca de otro.

—Miremos este maravilloso cielo estrellado en silencio -le sugería una amiga.

—Sí, es cierto. Mirémoslo en silencio. ¡Es verdad! ¡Está hermoso! Y es mucho más lindo así, cuando uno lo mira con la boca cerrada, ¿no es cierto? —respondía Kamshout.

—¡No quiero escuchar una palabra más! —gritaba el malhumorado cacique.

—Una palabra más...-repetía Kamshout.

Por su charla, toda la tribu sintió su ausencia cuando tuvo que partir.

Kamshout se ha ido a cumplir con los ritos de iniciación —comentaba alguno.

Paso el tiempo. Y Kamshout regresó y las aves al verlo emigraron porque, ¿para qué cantar donde nadie puede escucharte?

Kamshout estaba maravillado. Repetía y repetía a quien quisiste oírlo que, en el norte, los árboles cambian el color de sus hojas. Les hablaba de primaveras y otoños. De hojas verdes, frescas, secándose de a poco, hasta quedar doradas y crujientes (y los que lo oían imaginaban un pan recién sacado del fuego).

De árboles desnudos. (Y los que lo escuchaban se horrorizaban de semejante desfachatez).

De paisajes dorados, amarillos y rojos. (Y los obligados oyentes miraban sus pinturas para poder imaginar mejor).

Ya en la tribu, todos creían que Kamshout estaba inventando un poco. ¿Qué era esa tontería de decir que los árboles no tienen hojas eternamente verdes? ¿Qué quería decir "otoño"?

El descreimiento de su tribu enojó a Kamshout. Desesperado por convencerlos de que decía la verdad, Kamshout contó lo mismo día y noche, sin parar. Segundo tras segundo, hasta que sus palabras se fueron encimando una tras otra y se convirtieron en un extraño sonido.

La tribu trataba de esquivarlo.

Por hacerse los que no lo veían, vieron su prodigiosa transformación: Kamshout se había convertido en un loro.

Recién lo notaron cuando escucharon que les hablaban desde los árboles.

¡Era él! No había duda. Era su voz,, que ahora solo decía “Kerrhprrr, kerrhprrr...” hasta el cansancio.

Kamshout volaba sobre las hojas, y al rozarlas, las teñía del color de sus plumas.

De pronto, una hoja cayó. Corrieron a verla, a levantarla. La palparon y la volvieron a dejar en el suelo. Entonces, la pisaron. La hoja crujió bajo sus pies.

—¡Es verdad! —dijeron.

Pero Kamshout no respondió. Se había ido muy lejos. Dicen que acompañado por su amiga y enamorada.

La tribu quedó más en silencio que nunca.

Recién en la primavera, cuando las hojas volvieron a cubrir las ramas erizadas de frío, volvió Kamshout, acompañado de su nueva familia.

O tal vez solo era un grupo de loros haciendo Kerrhprrr sin cesar desde las copas de los árboles.

(Versión de **Graciela Repún**)

3. LA FLOR DEL CEIBO

El ceibo, con una flor de intenso color rojo, es el árbol nacional de Argentina. Está vinculado a esta bonita leyenda:

Cuenta la leyenda que en las orillas del Paraná vivía una indiecita fea, de rasgos toscos, llamada Anahí. Aunque era fea, en las tardes veraniegas deleitaba a toda la gente de su tribu guaraní con sus canciones inspiradas en sus dioses y el amor a la tierra de la que eran dueños... Pero llegaron los invasores, esos valientes, atrevidos y aguerridos seres de piel blanca, que arrasaron las tribus y les arrebataron las tierras, los ídolos, y su libertad.



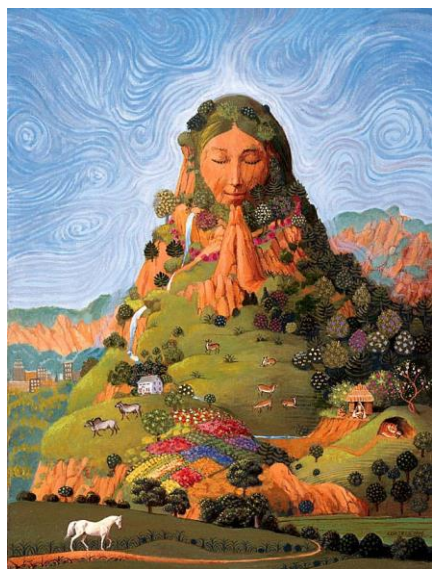
Anahí fue llevada cautiva junto con otros indígenas. Pasó muchos días llorando y muchas noches en vigilia, hasta que un día en que el sueño venció a su centinela, la indiecita logró escapar, pero al hacerlo, el centinela despertó, y ella, para lograr su objetivo, hundió un puñal en el pecho de su guardián, y huyó rápidamente a la selva.

El grito del moribundo carcelero, despertó a los otros españoles, que salieron en una persecución que se convirtió en cacería de la pobre Anahí, quien, al rato, fue alcanzada por los conquistadores. Éstos, en venganza por la muerte del guardián, le impusieron como castigo la muerte en la hoguera.

La ataron a un árbol e iniciaron el fuego, que parecía no querer alargar sus llamas hacia la doncella indígena, que sin murmurar palabra, sufría en silencio, con su cabeza inclinada hacia un costado. Y cuando el fuego comenzó a subir, Anahí se fue convirtiendo en árbol, identificándose con la planta en un asombroso milagro.

Al siguiente amanecer, los soldados se encontraron ante el espectáculo de un hermoso árbol de verdes hojas relucientes, y flores rojas aterciopeladas, que se mostraba en todo su esplendor, como el símbolo de valentía y fortaleza ante el sufrimiento.

4. EL CASTIGO DE LA TIERRA. LEYENDA DE PACHAMAMA



Don Hilario y su hijo solían cazar guanacos, vicuñas y llamas; por lo general mataban más animales de los que necesitaban, aunque los sobrantes los vendía luego en el pueblo. Es sabido que la Pachamama, Madre Tierra, no permite que cacen sus animales por deporte, y menos que maten a las madres de las manadas. Don Hilario, sordo a los decires, fue a cazar como todos los días, pero aquella mañana la Pachamama le dio un aviso, haciendo retumbar la tierra y produciendo derrumbes en los cerros; padre e hijo intentaron cubrirse en un saliente, pero la mula se empacó y forcejeando se fue acercando al abismo hasta vencer las fuerzas de don Hilario y el animal cayó al abismo... esta fue el primer pago que cobró la Pachamama.

Segundos después, se terminaba el temblor y volvía el silencio a las peñas... Los viajeros, asustados, contemplaban al burro al fondo del precipicio. Asustados, corrieron a hacerle una ofrenda a la Madre Tierra, para calmar su enojo. Enterraron cosas que llevaban, como ginebra, coca y un cigarrillo, le hablaron en voz baja, con mucho respeto, pidiendo perdón, buenas cosechas y muchos animales.

Don Hilario pidió permiso para seguir cazando. La gente del pueblo también oró a la Pachamama y hasta le sacrificó una llama en su honor. Don Hilario, convencido de tener permiso

para seguir cazando, se internó en los cerros, pero no lo siguieron ni su hijo ni la gente del pueblo. Luego de la cacería, Hilario retornó a su rancho y no encontró a su chango, que había salido a juntar las cabras... Preguntó a los vecinos, que nada sabían... Lo buscaron hasta pasada la oración, interrumpiendo la búsqueda al caer la noche.

Rastrearon las huellas del muchacho por uno y otro lado, pero fue inútil. Sólo al caer la tarde hallaron las cabras, lejos del caseño. Pasaron varios días y semanas y hasta el mismo Hilario dejó de buscar a su hijo.

Una madrugada, unos arrieros que bajaban al pueblo, vieron de lejos al hijo de don Hilario... cabalgaba sobre un guanaco guiando a la manada... parecía un fantasma... iba vestido con pieles, y desapareció en la neblina del monte junto con los animales.

La Madre Tierra volvió a cobrarse una deuda... llevándose al único hijo que don Hilario. Tenía, a cambio de los animales que él había matado innecesariamente.

Los arrieros contaron lo visto a don Hilario, quien comenzó a realizar ofrendas a la Pachamama, quien no le otorgó buenas cosechas, pero tanto y tanto debió orarle y tan puro habrá sido su arrepentimiento, que al cabo de unos años don Hilario se vio bendecido con otro hijo... a quien enseñó el respeto por los animales y la tierra.

5. LEYENDA DE LA YERBA MATE

De noche Yací, la Luna, alumbra desde el cielo de Misiones, provincia de Argentina, las copas de los árboles y platea el agua de las cataratas. Eso es todo lo que conocía de la selva: los enormes torrentes y el colchón verde e ininterrumpido del follaje, que casi no deja pasar la luz. Muy de trecho en trecho, podía colarse en algún claro para espiar las orquídeas dormidas o el trabajo silencioso de las arañas. Pero Yací, la Luna, es curiosa y quiso ver por sí misma las maravillas de las que le hablaron el sol y las nubes: el tornasol de los picaflores, el encaje de los helechos y los picos brillantes de los tucanes.



Pero un día bajó a la tierra acompañado de Araí, la Nube, y juntas, convertidas en muchachas, se pusieron a recorrer la selva. Era el mediodía y, el rumor de la selva las invadió; por eso era imposible que escucharan los pasos sigilosos del yagareté que se acercaba, agazapado, listo para sorprenderlas, dispuesto a atacar. Pero en ese mismo instante una flecha disparada por un viejo cazador guaraní que venía siguiendo al tigre fue a clavarse en el costado del animal. La bestia rugió furiosa y se volvió hacia el lado del tirador, que se acercaba. Enfurecida, saltó sobre él abriendo su boca y sangrando por la herida pero, ante las muchachas paralizadas, una nueva flecha le atravesó el pecho.

En medio de la agonía del yaguareté, el indio creyó haber advertido a dos mujeres que escapaban, pero cuando finalmente el animal se quedó quieto no vio más que los árboles y más allá la oscuridad de la espesura.

Esa noche, acostado en su hamaca, el viejo tuvo un sueño extraordinario. Volvía a ver al yaguareté agazapado, volvía a verse a sí mismo tensando el arco, volvía a ver el pequeño claro y en él a dos mujeres de piel blanquísima y larguísima cabellera. Ellas parecían estar esperándolo y cuando estuvo a su lado Yací lo llamó por su nombre y le dijo:

—Yo soy Yací y ella es mi amiga Araí. Queremos darte las gracias por salvar nuestras vidas. Fuiste muy valiente, por eso voy a entregarte un premio y un secreto. Mañana, cuando despiertes, vas a encontrar ante tu puerta una planta nueva: llamada caá. Con sus hojas, tostadas y molidas, se prepara una infusión que acerca los corazones y ahuyenta la soledad. Es mi regalo para vos, tus hijos y los hijos de tus hijos...

Al día siguiente, al salir de la gran casa común que alberga a las familias guaraníes, lo primero que vieron el viejo y los demás miembros de su tevy fue una planta nueva de hojas brillantes y ovaladas que se erguía aquí y allá. El cazador siguió las instrucciones de Yací: no se olvidó de tostar las hojas y, una vez molidas, las colocó dentro de una calabacita hueca. Buscó una caña fina, vertió agua y probó la nueva bebida. El recipiente fue pasando de mano en mano: había nacido el mate.